

no atribuir á Mad. de Feucheres, está probado con seis cartas muy terminantes del príncipe que fue obra suya y que exigió de los esposos Rully por un insulto que le hicieron personalmente, excusas que se negaron á darle. Y esto pasaba durante la ausencia de Mad. de Feucheres, durante su viaje á Italia.

M. de Bonnie ha agregado á la falsedad del baron de Saint-Jacques, el complemento necesario de las señales de uñas en el rostro del duque, hecho desmentido por Lecomte y M. de Lavillegontier. Manoury, que inventó los detalles de la caída, *despues de un vivo altercado* y el de la letra que se deslizó por debajo de la puerta, no supo esto, como los demás acusadores, sino muy tarde, y colocó sus observaciones con fecha del dia en que no pudo ver nada en casa del príncipe. No se hallaba de servicio el 11 de agosto; y el dia del *crimen del 11 de agosto*, el criado de servicio Leclerc, no vió á Mad. de Feucheres en casa del príncipe.

Una mendiga, criados de escalera abajo, portamosquetos, la mujer Gouverneur, Namur y Pichonnier, son los que refieren las confidencias que les hiciera M. Obry, inspector general de las cazas, ahijado del príncipe. Y M. Obry los desmiente; ¿y á quién deberá creerse, á este sugeto tan afecto al príncipe, á este antiguo militar, ó á semejantes gentes?

Despues de haber trazado esta genealogia de las calumnias, M. Lavaux examina las cuestiones de si se habia enfriado el príncipe, al fin de su vida con Mad. de Feucheres; de si queria huir de ella, dejando la Francia; de si queria revocar el testamento.

La viuda Lachassine testificó la solicitud del príncipe por todo lo concerniente á Mad. de Feucheres, *especialmente despues de los acontecimientos de julio*.

Lo cierto es, que se queria arrastrar al príncipe fuera de Francia, y esto por razones puramente políticas. M. de Choulot, único confidente, con Manoury de este proyecto, jamás dijo que quisiera el príncipe huir de Mad. de Feucheres. Esta ignoraba absolutamente tal proyecto de partida; ¿cómo, pues, habia de concebir el pensamiento de evitarlo con un crimen? Y aun cuando lo hubiera sabido ¿debía concebir por ella la menor inquietud? ¿Quién le impedia, por otra parte, reunirse con el duque de Borbon en el extranjero? Finalmente, se habia concebido y abandonado tantas veces este proyecto de partida, que M. de Choulot no se atrevió á afirmar que se le enviara con tal objeto el correo del 26. El príncipe proyectaba una partida; mas era para Chantilly, donde pensaba cazar; toda la casa sabia esta próxima partida; y cuando se decidió el príncipe, al momento, bruscamente, segun su costumbre, la primer persona á quien debió avisar, por razon de sus funciones, fue á M. de Choulot.

M. de Robin y M. de Surval, dijeron que el príncipe pensaba añadir disposiciones accesorias, complementarias á su testamento; por ejemplo, legados particulares en favor de criados preferidos; pero no han dicho ni han sabido que quisiera revocarlo.

Se ha calumniado en Mad. de Feucheres todo, hasta su dolor. Manoury, M. Bonnie, Mad. de Pre-

jean, hablaron de la impasibilidad de su rostro, de que no vertió una lágrima; pero Mad. de Choulot la *vió entregada al dolor*; el abate Debard *presa de la mas viva desesperacion*; M. de Rumigny *muy afligida y derramando muchas lágrimas*; Romanzo *sentada y lamentándose y exhalando gemidos*. No es, pues, Mad. de Feucheres culpable de estas imputaciones, y no ha visto levantarse contra ella mas que el arma de los villanos, la calumnia.

El 6 de enero de 1832, tomó la palabra M. Dupin, menor. Este nombre ilustrado ya por uno de los mas eminentes oradores del foro moderno, lo lleva dignamente M. Felipe Simon Dupin. Discípulo, á un tiempo mismo, de su padre y de su hermano, tomó de este último en menor grado de ciencia y de vigor, el buen sentido irónico, la argumentacion súbita, original, la palabra flexible, atrevida, un poco trivial. Ya habia dado á conocer estas cualidades, al presentarse en estrados por primera vez, á los veinte y cinco años, en los procesos de Pedro Coignard (el falso conde de Santa Elena) de el *Constitucional*, y en el asunto Dequevauvilliers (1820). Pero donde adquirió una verdadera autoridad por la primera vez, este talento madurado, fue en la causa del testamento del duque de Borbon.

Ya se ha comprendido cuán delicados intereses se hallaban empeñados en este torneo judicial. La calumnia habia herido á Mad. de Feucheres solo para atacar el trono de Julio. Para comprender bien este proceso, es preciso colocarle continuamente en su cuadro verdadero: en él se nos presenta un establecimiento nuevo, amenazado por partidos irritados y sin piedad; la guerra civil ensangrentando las villas y los campos; una prensa anárquica insultando un poder mal establecido, desnaturalizando sus actos, derramando el veneno hasta en la vida privada del padre, para envenenar con una seguridad al rey. Asi se comprenderá los ecos innobles que levantaban en los grados inferiores de la sociedad las elegantes calumnias tan sabiamente espuestas por el abogado de los príncipes de Rohan.

M. Dupin las atacó de frente en este brillante exordio.

«Señores, en las sucesiones mas vulgares, en el seno de las fortunas mas modestas, es extraño que no llegue á ser un testamento la señal de esas luchas encarnizadas y violentas que han entristecido tantas veces la mirada de la justicia.

»Apenas han cerrado los párpados los moribundos, cuando la avidez invade sus hogares y dirige una mano precipitada sobre su herencia. En vano ha nombrado sus sucesores la voz del que no existe; esa voz estinguida no obtiene ya respeto; es desconocida y despreciada, y para ahogar ese eco importuno, se llega, si es preciso, hasta á difamar á los vivos y calumniar á los muertos; se ultraja, si es necesario, la memoria de aquellos cuyos despojos se quiere invadir á toda costa.

»¿Cómo, pues, habia de librarse la opulenta sucesion del duque de Borbon de esta ley comun? ¿Cómo habia de dejar de escitar los clamores del interés herido y los sentimientos de esperanzas frustradas?